



LOPEZ SILVA

ME ROMPE

Y RASGA

12513

NOVUM



12513

J. LÓPEZ SILVA

DE ROMPE Y RASGA



"Blanco"



R
40 321

COLECCIÓN DIAMANTE

58



S. J. D. H. G.

J. LÓPEZ SILVA



DE

ROMPE Y RASGA



COLECCIÓN DE COMPOSICIONES

EN VERSO



BARCELONA

ANTONIO LÓPEZ, EDITOR, LIBRERÍA ESPAÑOLA

RAMBLA DEL CENTRO, N.º 20



Imp. La Campana y La Esquella, Olmo, 8, Barcelona



AUTOBIOGRAFÍA

Porque al Hacedor le plugo
nací, de varón y de hembra,
el cuatro de Abril del año
mil ochocientos sesenta (1)

(1) Y uno.

(detalle que á mucha gente
le importará una lenteja,
pero que á mí se me antoja
que conviene que se sepa).
Mamé como maman todos
los que tienen experiencia
y saben llorar á tiempo
para que les den la teta;
con lo cual, en buena lógica,
claramente se demuestra
que durante la lactancia
tuve muy poca vergüenza.
Fuí *débil* de pequeñito,
(¡quién habrá que no lo sea
si á salirle se dan prisa
dientes, colmillos y muelas!)
y crecí después, como es
natural que sucediera,
no tan sólo en estatura,

sino en maldad y en *ecétera*.

(Señalo esta circunstancia de indudable trascendencia, sólo para mis biógrafos, en caso de que los tenga; que los tendré, porque aquí suele tenerlos cualquiera.)

Cumplí seis años, edad á que todo el mundo llega, si no tiene una desgracia que le corte la carrera, é ingresé en la Escuela Pía de la calle de Hortaleza, donde había un padre Blas, todo amor y continencia, que me puso muchas veces el cuerpo como una breva, bien por amor al estudio, bien por sobrada obediencia,

ó bien porque el pobre padre
tuviere gana de *juerga*.

En aquella santa casa
cursé las primeras letras,
con una serie brillante
de calabazas rellenas,
que hoy figuran en el Foro
y en las Artes y en las Letras.
De muchacho hice novillos,
y aún los hago, si me dejan,
porque lo que bien se aprende
no se olvida aunque uno quiera.
Por la integridad del barrio
donde ví la luz primera,
por mi *Maravillas*, fui
punto fuerte en las pedreas
con el hijo del bombero
y el chico de la huevera,
y el *Pujitos* y otros varios

ciudadanos sin vergüenza,
pero que tenían sangre
de patriotas en las venas.
De aquellas luchas civiles
con ribetes de tragedia,
en que el contrario solía
zumbarnos la pandereta,
guardo con cariño inmenso
señales de antiguas brechas,
que más de cuatro aguerridos
generales las quisieran,
y por las cuales obtuve,
como injusta recompensa,
caponés gubernativos
ó bofetadas paternas.

.
Un día vió mi buen padre
que andaba mal de moneda
(defecto de que adolece

mucha gente en esta tierra),
y yo, que por gusto suyo
hubiera sido á estas fechas
arcipreste ó matutero
ó ministro de la Guerra,
convertíme de repente
de mozo libre en *hortera*
y troqué la honda y los libros
por el metro y las tijeras.
Como pájaro que pierde
la libertad que le alegra,
lloré yo mis desventuras
entre encajes y entre sedas,
y aunque era rica la jaula
que encerraba mis tristezas,
más pugnaban cada día
las pobres por verse fuera.
Doliéronse, por fortuna,
varias *pájaras de cuenta*

del cautivo pajarillo
y endulzáronle sus penas;
pero yo, que desde entonces
tengo arraigada la idea
de que el hombre se embrutece
si vive en clausura eterna,
dile un puntapié á la jaula,
y rompiendo mis cadenas
pude recobrar en parte
la perdida independencia.
Sentí entonces decidida
vocación por la Carrera
de San Francisco, catorce,
piso bajo de la izquierda,
donde alternando con *golfos*
diznos, aunque sinvergüenzas,
y con chulas poco tímidas,
pero mal habladas ellas,
aprendí á bailar mazurkas

y *chotises* y habaneras,
con todos los requisitos
que exigen las malas reglas.
Después, por amor al Arte
dime á estudiar con paciencia
modistas, ribeteadoras
y sastras y cigarreras,
hasta que, por suerte mía,
me echó el guante una morena
que en punto á fecundidad
se ríe de las conejas.
Hoy, gracias á estos estudios,
hago coplas y zarzuelas,
retratando como puedo
las costumbres de mi tierra,
y unas me resultan malas
y otras no me salen buenas.
Soy, porque así Dios lo quiere,
madrileño hasta la médula,

pero me cargan los chulos
y lo *cañí* me revienta
y huyo, como del demonio,
de la gente de taberna,
que, aunque lo mande el Altísimo,
no puede hacer cosa buena.
Jamás hago daño á nadie,
si á hacerlo no se me fuerza,
porque á pesar de mi aspecto
de rey de Sierra Morena,
tengo el corazón tan dulce
como una tórtola huérfana.

En literatura soy
un cangrejo con muletas,
pues necesito tres horas
para hacer una quarteta,
y mis *circunstancias* físicas
resultan archiflamencas,
y, en opinión de mi madre,

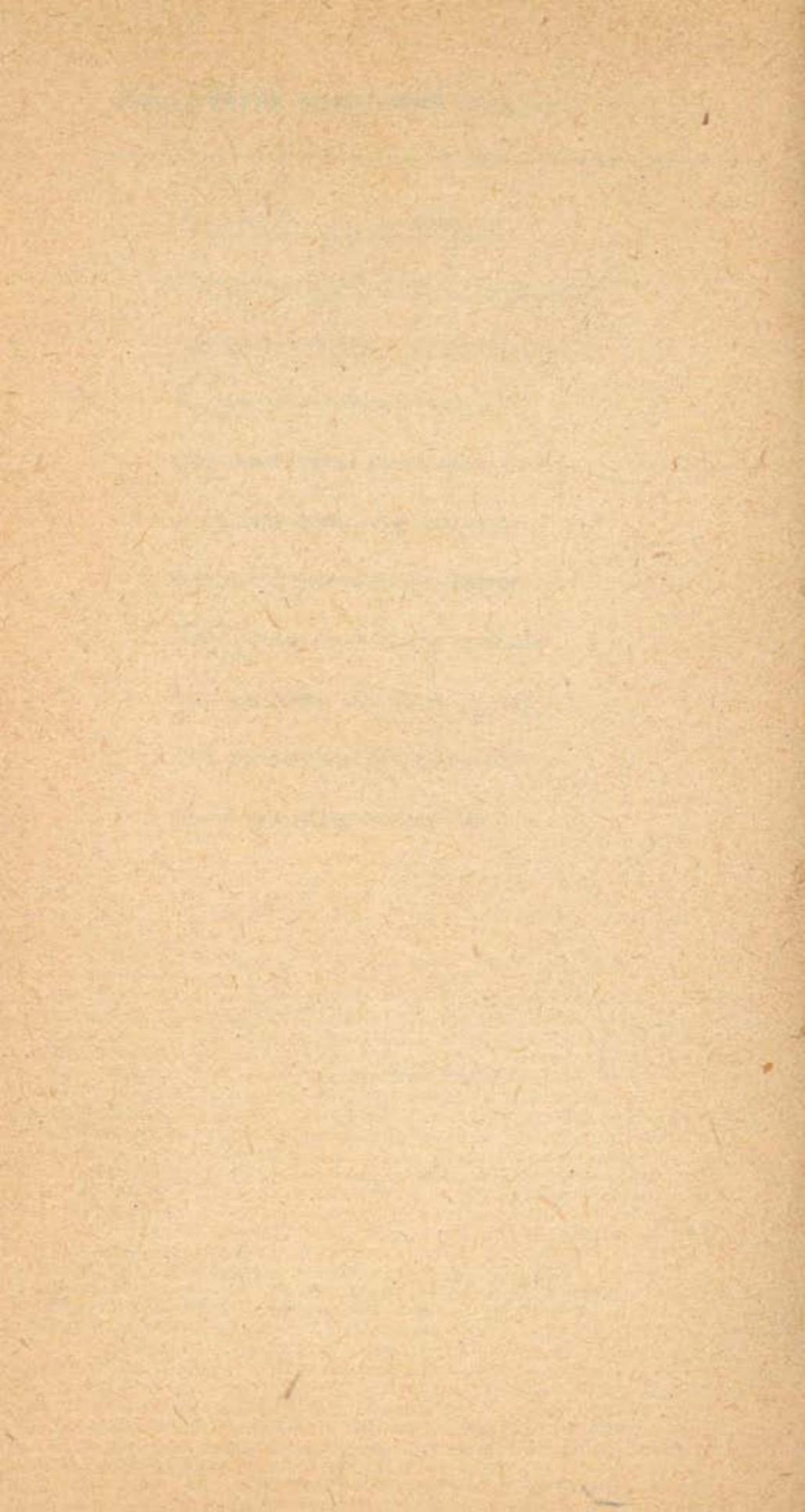
son todas pura canela.

Conque aquí tienen ustedes
mi semblanza verdadera.

Si les pareciera larga,
pueden quedarse con ésta,
más concisa, de seguro,
pero nó menos sincera:

*Soy propiamente lo mismo
que la casa de Astrarena,
que tiene mucha fachada
pero poquita vivienda.*

Del libro MIGAJAS



MAXIMAS, REFLEXIONES Y CONSEJOS

Si tienes unas botas y están rotas
no te aflijas y cómprate otras botas.

SANTA TERESA DE JESÚS.

Hurgarse las narices no es decente;
sobre todo, delante de la gente.

LORD BYRÓN.

De rompe y rasga—2

No trates de buscar mujer ajena,
porque ofendes á Dios; pero no obstante,
si se te pone á tiro alguna buena
déjate de pamplinas y adelante

EL SENTIDO COMÚN.

¿Quién sería el morral
que inventó los relojes de metal?

UN RATA.

No pagues á los sastres en tu vida
porque es gente muy poco agradecida.

SHAKESPEARE.

Nos hablan del honor hombres de peso.
¡El honor!... ¿Y qué es eso?

UN POLÍTICO PRÁCTICO.

Predica como yo la moral sana,
pero haz después lo que te dé la gana.

MUCHOS.

Aquel que en dulce calma vivir quiera
nunca debe salirse de su esfera.

CARLOS ALBARRÁN (EL BUÑOLERO.)

Si te chincha el calor en el estío
y estás apuradillo de dinero,
resígnate y espera que haga frío,
que yo también espero.

MANGUE.

La familia. El hogar santo y bendito.
El abrazo amoroso. El dulce beso.

Todo eso es muy bonito,
¡pero qué bien se está sin nada de eso!

UN VIUDO.

¿Pecadora y después arrepentida?
¡No lo he visto en mi vida!

UNA SEÑORA BUFA.

MADRILEÑERÍAS

Vaya, *tiés* que convencerte
de que no bailas un pito,
y eso que presumes tanto.
—Claro, porque no te arrimo
la cara, como esas otras
señoras... de regadío.

¿No es *verdá*, Ginés?

—No es eso.

Es que ni *pa* Dios consigue
que marques el molinete
cuando te bailas conmigo.
Ahí *tiés* á Inés *la del grano*
y á Benita *la del chirlo*,
que cuando agarran á un hombre
le hacen perder el sentido;
pero no es más que por eso;
porque se traen el estilo
que hace falta *pa* que queden
los hombres agradecidos.

—¿Tienes más que irte con ellas?

—Claro que me iré.

—Pues chico,

así como así, me carga
tener que bailar contigo,
sobre todo en el verano,

porque eres un poco tímido
para el aseo, y me llenas
de grasaza los vestidos.

—¿Los de gro?

—No son de gro,
pero *pa* el caso es lo mismo.
Vamos, y si *tan siquiera*
te lavases los domingos,
menos mal; pero es que tú
no te humedeces el físico
más que cuando llueve.

—Oye,
mucho *cuidao* con el pico.

—Y es la *verdá*.

—Bueno, calla
y escucha lo que te digo:
Hoy es la función del barrio.

—Lo sé.

—Y con este motivo

habrá procesión y fuegos,
y cohetes, y novillos,
etcétera, y por lo tanto,
vendrá la mar de gentío
como siempre.

—¿Y qué me cuentas
á mí?

—Te lo participo
porque tú eres muy amiga
de timarte con *tóo* Cristo,
y yo tengo malas pulgas
cuando me toman de pito.

—Bueno, pues dale expresiones,

—Es que si *tiés* un descuido,
verbo en gracia, con cualquiera,
te hago pupa en los hocicos.

—¡Qué horror!

—Eso. Y ahora vamos
á montar en el Tío Vivo,

EL QUE HACE UN CESTO.....

I

Con mil duros en billetes
vino á la corte Manuel
para zanjar un asunto
de muchísimo interés,
y dicen que á las dos horas
un prójimo de *chaquet*

le brindó con su amistad
y ofrecióse muy cortés
á cambiarle los billetes
por oro de toda ley,
con lo cual, según le dijo,
podría sacar muy bien
un beneficio seguro
de dos y medio por diez.

Seducido por la oferta
Manolo cayó en la red
y entregó á su compañero
los mil duros en papel,
tomando cándidamente,
según pudo ver después,
dos cartuchos con monedas
de riquísimo *double*.

.

Cuando regresó á su pueblo
dando tormento á los pies

y entre suspiros y lágrimas
refirió el caso Manuel,
cuentan que su pobre padre
con la mayor sencillez
le arrimó dos estacazos
de superior *calité*;
y el pobre chico decía
llorando á más no poder:
—¡No volverán á engañarme!
¡Yo se lo aseguro á usted!—

II

Era una chica preciosa
la sobrinita del Juez,
y aunque cuatro maldicientes
nombraban á un tal Gabriel,

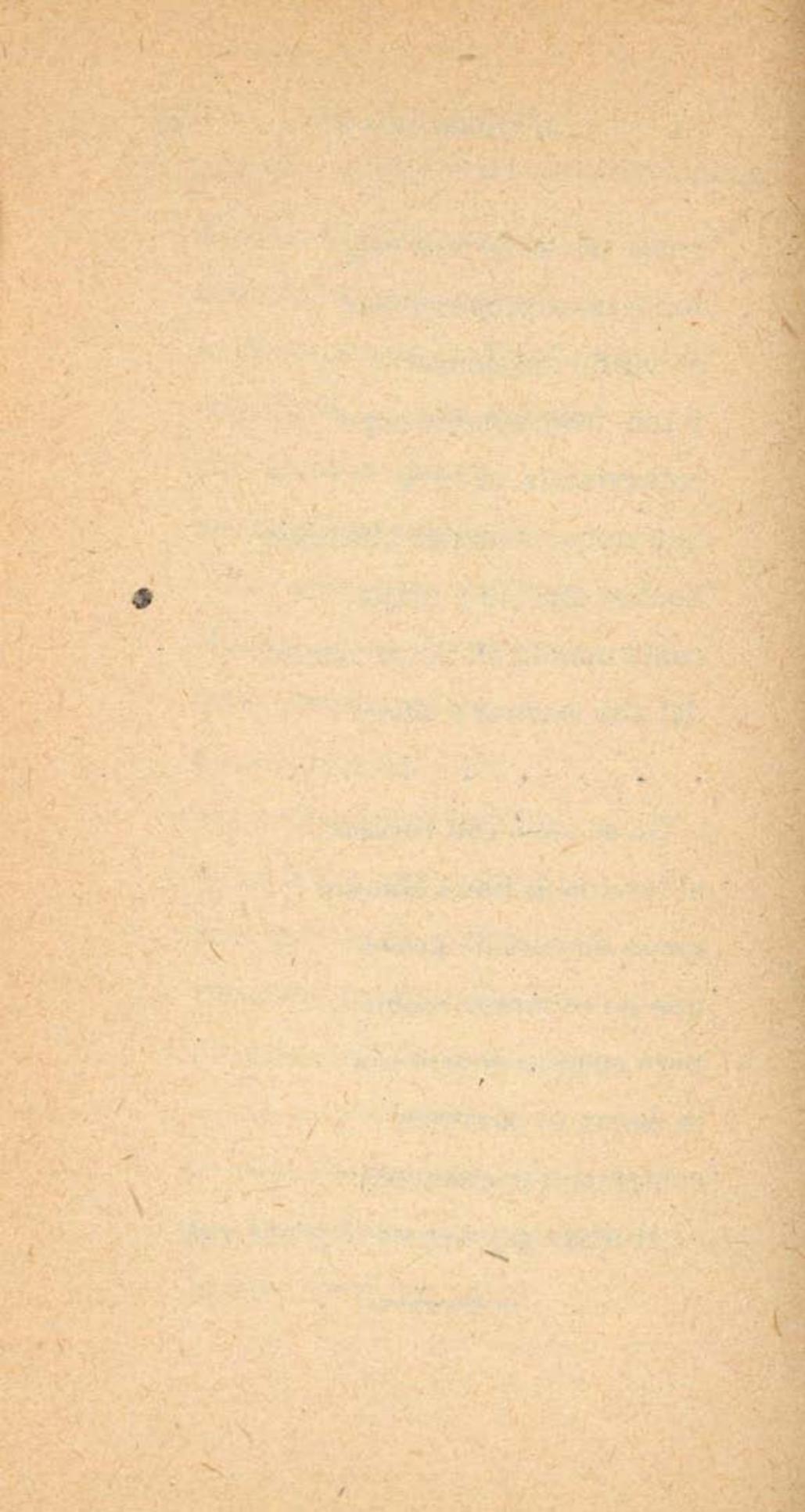
á quien ella en otro tiempo
concedió alguna merced,
lo cierto es que en Villatuerta
cuando se hablaba de Inés
casi todos elogiaban
su acrisolada honradez.

Por esta causa sin duda
Manolo en un dos por tres
declaróse sin rodeos
á la sobrina del Juez,
despreciando las hablillas
de aquellos, que según él,
buscaban en la calumnia
venganza de algún desdén,
y aunque por desengañarle,
con la mayor buena fe
su pobre padre hizo todo
lo que un padre puede hacer,
incluso darle dos palos

como los de la otra vez,
tomó tales proporciones
el cariño del doncel
y tan diestramente supo
catequizarle su Inés
que ambos amantes quedaron
hechos marido y mujer,
como manda Dios, un martes
del año setenta y seis.

.

No se sabe con certeza
si tendría el buen Manuel
algún disgustillo grave
que no esperaba tener;
pero cuando el otro día
le daban el parabién
contestaba tristemente:
—¡Muchas gracias; no hay por qué!—



ENTRE AFICIONADOS

—No vuelvo con *el Ponciano*
mas que me pague el billete,
porque ni Cristo le aguanta
con ese vino que tiene.

—Y es la *verdá*.

—Vamos, hombre,
De rompe y rasga—

te digo que en cuanto bebe
dos ú tres copas, se pone
chalupa completamente
y arma *bronca* con su madre,
por nada si á mano viene.
El otro día estuvimos
en la *becerrá* del Puente
con Melanio, el oficial
del taller del señor Pepe,
y porque el segundo bicho
salió con *muchismos pises*
y dije yo que debían
darle cinco, seis ú siete
verónicas, con *ojecto*
de aplomarle *mayormente*,
fué el *morral* y me atizó
cuatro *patás* en el vientre
que por poco me disloca.
Luego si uno se enfurece

y echa mano á la *herramienta*,
como Dios manda, la gente
le pone de poca *lacha*
que no hay por donde cogerle.

—Pues si llega á dar conmigo...
yo entiendo.

—¿Vas á perderte
por un bocaza?

—No.

—¡Entonces!...

A mí lo que más me puede
es que hombres como *el Ponciano*
quieran ser inteligentes
cuando no han visto en su vida
más que *embolaos*.

—Me parece.

—A ese ya se le figura
que porque ha sido tres meses
ayudante, *ú* no se qué,

del que pega los carteles,
va á saber más que *tóo* el mundo.
—Pero qué va á saber ese
calabaza. Que te diga
lo que hay que hacer con las reses
cuando se *entableran*; vamos,
á que no lo dice.

—Puede.

—¿A que no dice tampoco,
ni *pa* Dios, qué es lo que debe
de hacer un diestro al quebrarse?

—Eso ni que decir tiene.

—Pregúntale cuarquier día
cuántos *melímetros* puede
tener cada rejoncillo
de los comunes, si quieres
verle *acharao*; pero cómo,
acharao completamente.
Pregúntaselo por gusto.

—*¿Pa qué? ¿Pa que me conteste*
de fijo con otras cuatro
patás como las del Puente?
Anda y que se lo pregunte
su padre si le parece,
que yo no me *ajunto* más
con animales como ese.

INTERROGATORIO

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Está usted bien?

—Muy bien, gracias.

—¿Es usted D. Luís?

—El mismo.

—¿Y usted quién es?

—Yo, la Paca,

—¿La Paca?

—Si, ó la *Curriya*.

—Pues no recuerdo.

—Me extraña.

Bueno; yo sirvo.

—Lo creo.

—Quiero decir que soy fámula.

—¡Ah, vamos!

—Y como sé

que usted busca una muchacha
para todo, me he llegado
por si quiere usted hacer *changa*.

—¿De dónde es usted?

—Del Puerto.

—¿Y ha estado usted en muchas casas?

—En treinta.

—¡Diablo!

—Y de todas
me han echado.

—¡Pues no es nada!
¿Tal vez por sisar?

—¡Ay, no!
Yo en eso soy muy *esata*;
pero sabe usted, como una
es así, un *poquiyo* guapa,
y ustedes los *cabayeros*
tienen las manos tan largas,
muchas veces ocurría
lo natural: que las amas
cogían á los señores
con las manos en la masa,
y la *vítima* era yo
casi siempre.

—Bueno, Paca;
y usted, ¿qué hace?

—Soy *donceya*,

ó lo he sido, hablando en plata;
pero se empeñó un canario...

—¡Canario!

—Sí, de Canarias,
en que había de dejar
de serlo, y por esta causa
ahora me dedico á todo
como cualquiera criada.

—¿Sabe usted guisar?

—Al pelo.

—¿Y coser?

—Como una máquina.

—¿Es usted obediente?

—Mucho.

—¿Y dócil?

—Como una malva.

—¿Madruga usted?

—¡Ya lo creo!

—¿Me dará usted gusto?

—¡Vaya!

—¿Cuánto piensa usted ganar?

—Lo que á usted le dé la gana.

—¿Le tira á usted la milicia?

—A mí no me tira nada.

—¿Es cierto?

—Como la luz.

—Me gusta usted.

—Muchas gracias.

.
.

—Conque lo dicho.

—Lo dicho.

—No hay que hablar...

—Ni una palabra.

—Hasta mañana, Curriya.

—Señorito, hasta mañana.

(Vale mucho y es muy guapo.)

—(Vale mucho y es muy guapa.)

SERMÓN PERDIDO

¡Oh, jóvenes cerriles
que en vuestros tiernos años
holláis con las pezuñas
la senda del Parnaso!
¡Oh, niños que sin estro
soléis pasar el rato

cantando impunemente
los múltiples encantos
de Lesbias trasnochadas
y Nises de estropajo;
ya en *silvas* epidémicas,
ya en *ovillejos* zafios
ó en *sáficos adónicos*,
que son muy buenos *sáficos*;
romped de vuestras péñolas
los puntos insensatos
que al público transmiten
vuestro discurso bárbaro,
y no digáis palabra
del cefirillo blando,
ni de las auras leves,
ni del arroyo claro.
Dejad, niños imbéciles,
que en el frondoso prado
alegremente trisquen

los corderillos cándidos.
Dejad á los zagales
que cuiden sus ganados
y toquen lo que quieran
junto al dormido lago.
Dejad que los jazmines,
las rosas y los nardos
perfumen el ambiente,
si no está perfumado,
y que los trinadores
y pintadillos pájaros
con sus gorjeos rítmicos
alegren el espacio.
Romped esas vihuelas,
¡oh, jóvenes menguados!
Rompedlas, ¡voto á Cribas!
¿ó es que pensáis acaso
que porque el vulgo necio,
merced á cierto adagio,

diga que de poeta
 tenemos todos algo,
 podéis ya pluma en ristre,
 entrar sin menoscabo
 del arte, en un terreno
 que *sus* está vedado?
 ¿Pensáis que por tal cosa
 puede cualquier gaznápiro
 plagarnos los periódicos
 de absurdos literarios?...

.
.

¡Oh, jóvenes cerriles
 que en vuestros tiernos años
 holláis con las pezuñas
 la senda del Parnaso!
 No emborronéis cuartillas
 gastando el tiempo en vano

y si tenéis *chirumen*
trocad por los arados
las indecentes péñolas
que empuñan vuestras manos.

NUESTROS ARTISTAS

—Adiós, Manolo.

—Adiós, hombre.

—¿Ande vas?

—A las Peñuelas,

á ver una chapucilla

que ha salido.

—¿Por tu cuenta?

—Sí, chico. Me han *avisao*
pa arreglar una *starjea*,
y qué vas á hacer sino
tomar lo que se presenta
de provecho.

—Claro.

—Y tú,
¿trabajas?

—Sí; con las muelas.

¡Como no trabaje yo!

—Entonces, ¿cómo te arreglas?

—Me he *echao* á pedir limosna.

—¡Puede!

—¡Paes no, que se juega!

¿Te se ha *figurao* á tí
que voy á estar hecho un bestia,
cargando escombros y haciendo
ginasia por dos pesetas,
como otros primos? ¿*Pa* qué?

¿Pa que el contratista venga
de *bóbilis* y se coma
la *utilidá* que uno deja?
¡*Qualisquier* día! ¡Primero
me cortaba la cabezal
Si le *indenizasen* á uno
cuando se rompe una pierna,
ú dos ú más, santo y bueno
que hiciese lo que pudiera;
pero si ves á *ca* paso
que no hay un Dios que proteja
ni esto, ¿vas á hacerte el *pipi*?
¿No? ¡claro! ¡Lástima fuera!
Vamos, mira: tú figúrate
que un día te se estropean
los remos como á Saturio,
pongo por caso, ú que *pescas*
una *humedaz* y no puedes
hacer lo que te parezca

de tu persona, lo cual
es muy fácil que suceda;
bueno: pues te mueres de hambre
porque ni Cristo se acuerda
de tí *pa ná*.

—¡Me parece!

—Pues entonces, ¿en qué piensas
que no dejas el trabajo
de una vez? Mira, *Pucheta*:
yo alquilo un chico que tiene
descoyuntás las dos piernas
y saco en un par de días
más que tú en semana y media,
y fumo de cuarterón,
y le pago el cuarto á *aquella*,
como es debido, y no tengo
que pasar por la vergüenza
de comer patatas viudas
delante de quien me vea.

Eso vale mucho.

—Sí;

valdrá *tóo* lo que tú quieras,
pero á mí me se figura
que es una cosa mal hecha
ponerse á pedir limosna.
Ya verás cómo lo dejas
y trabajas.

—¡En seguida!

Mientras *haiga primaveras*
que den limosna, buen burro
sería yo si lo hiciera.
¿Se pue vivir de este modo?
¡Pues á lo que estamos, tuertal!

UN ESCALO

—En cuanto yo me enteré
de que allí había dinero
fui á ver al presidente,
que está en la Cárcel Modelo,
y le dije: Mira, *Chocha*;
me se ha venido á los „dedos

un negocio *suterráneo*,
superior; pero no quiero
trabajarle por mi cuenta,
porque me parece feo
faltar al compañerismo,
y sobre *tóo* al reglamento;
conque si *quiés* que le hagamos
por la *sociadá*, le hacemos
y luego nos repartimos
lo que caiga.—«Por mí bueno
(me contestó); y si tú sabes
que la cosa es de provecho,
te arreglas con el *Monago*
y el *Sifón* ú el *Cirineo*,
y yo *sus* dirigiré
desde aquí con el *objecto*
de que no metáis la pata
com siempre que *sus* dejo.»—
—¡Ay su madre! ¿Y tú qué *hicistes*?

—A mí me hizo daño aquello
de meter la pata ¿sabes?
y me lo hizo porque creo
que no soy ningún tarugo
como otros que hay en el gremio.

—¡Me parece!

—Así es que dije:
tan solamente por eso
demito y hago el asunto
por mi cuenta.

—Muy bien hecho.

—Conque hablé al *Guíto* y al *Burro*,
que estaban de *volanderos*
hacia más de tres meses;
les conté *pa* su gobierno
que el negocio era un negocio
lo mismo que el pan de bueno,
y *acetaron* en seguida,
¡pero cómo!

—Ya lo creo;
cualisquiera aceta un trato
como ese trato, sabiendo
que no hay peligro.

—Ninguno;
no ves tú que ya estaba hecho
casi *tóo* y no había más
que dar el golpe.

—Pues eso
digo.

—En resumidas cuentas:
que una noche nos *colemos*
los tres en la galería
cargaos con los *istrumentos*,
por un boquete que hicimos
en el parador de *Ugenio*,
y en el *alcantarillao*
de la calle de Juanelo
vimos á los de la ronda

suterránea del Manchego
que estaban jugando al tute;
lo cual que en cuanto nos vieron
nos *diñaron* unas *limpias*
de *moyate*, que yo entiendo.
Después nos fuimos de allí
pa no molestar, y á eso
de las dos de la mañana,
próximamente, *lleguemos*
á la *prazuela* del Biombo
que era donde estaba *aquéllo*;
miré en qué sitio caería,
sobre poco más *ú* menos,
la habitación del negocio;
hicimos un *abujero*;
levantemos tres baldosas
con mucho *cuidao*; *entremos....*
¡y no fueron estacazos
los que nos soltaron dentro!

—¡Anda la *órdiga!* ¿De modo que te habrán tenido preso?

—Y *entodavía* me tienen, pero salgo cuando quiero despachar algún *asunto*.

—¿Con permiso?

—¡Por supuesto!

Eso ni que decir tiene.

¡Pues hombre, estaría bueno!

LAS MAMÁS DEL CORO

—¡Jesús, hija! Yo no sé
dónde vamos á parar
á este paso. Sí, porque esto
es una vergüenza ya.
¿No ha visto usted *entodavía*
los trajes que sacarán

las muchachas en ese asco
de obra que van á estrenar
esta noche?

—No, señora.

—¡Valiente asquerosidad!

Un cuerpecito escotado

de percalina *asargá*

y una faldita de gasa

que les llega aquí, lo más,

y usted perdone, señora,

el modo de señalar.

Le juro á usted que en mi vida

no he visto otra cosa igual.

—Claro, ¿no ve usted que el público
es tan *desigente*?

—¡Quié!

No *tié* el público la culpa

si pide eso y mucho más,

sino el autor y la empresa

que en seguida se lo dan.

—Y las madres.

—Y las madres

que debemos protestar
toos los días, hasta ver
si al fin nos dejan en paz,
porque si no, cualquier noche
con mucha facilidad
se le rompe á una la malla,
y ¡no le digo á usted *na!*
¡Calcule usted qué bochorno
pa una madre regular!
Sí, señora, porque hay madres
de madres, aunque esté mal
que yo lo diga.

—¡Por Dios,

doña Petra, qué ha de estar!

—A la Braulia, por ejemplo,

no se le importa *en* jamás

De rompe y rasga—5

que su chica enseñe en público
lo que no debe enseñar,
porque ya sabe usted que esa
mujer es un animal.

—¡La Braulia es atroz!

—Señora,

pero ¿qué se va á esperar
de una mujer que ha tenido
fábrica de churros?

—¡Ah!

Eso no tiene que ver,
yo vendo *ojectos* de á real
por la calle, y sin embargo,
soy *dizna* como el que más.

—Sí, pero es porque está usted
divinamente *educá*.

—Muchas gracias.

—No, hija mía,

las cosas en su lugar;

usted será lo que quiera,
pero ¡diferencia val
¿Se entrega usted á la bebida
como la Braulia?

—¡En jamás!

—¿Engaña usted á su marido
ni falta usted á la moral?

—No.

—¡Claro!

—Es que soy soltera.

—¡Soltera!

—Sí, pero *honrá*.

—Bueno, *pa* el caso es lo mismo,
porque queriendo faltar
iguales son las solteras
que las otras, ¿no es verdad?

—¡Dígame!o usted á mí!

—Pero

no es eso lo *prencipal*,

sino que la Braulia...

—¿Qué?

¡Alguna barbaridad!

—Pues que...

—¡Chist! Que viene.

—Luego

lo diré.

—Mejor será.

¿Es verde el lance?

—¡*Muchismo!*

Se va usted á reir la mar!

UN JUERGUISTA

—Pues, chico, empezó la cosa
tomando yo una *manuela*
pa ella y *pa* mí. Por supuesto,
que yo la tomé porque ésa,
no sube á un coche *cerrao*
ni *pa* Dios; y no es que sea

delicá, ni mucho menos,
pa ciertas cosas la *Ugenia*,
si no que tiene reparo
porque hay cocheros muy *pelmas*,
y ya sabes lo que pasa
cuando ven una pareja
de dos.

—Bueno, Paco, sigue.

—Pues que tomé la *manuela*,
como digo, y nos *marchemos*
en *ca* de *Paca la Tuerta*,
porque ya me había dicho
que tocaba allí una orquesta
de guitarras y bandurrias,
por *mor* de ser la verbena.

—*Sus divirtiríais* mucho.

—¡Corrimos la primer *juerga*!

—¿Sí?

—Como que estaba allí

toda la gente que alterna,
menos tú; ya ves, estaban,
además de yo y la *Ugenia*,
Paca la Escachifollá,
Luisa la Cañamonera,
el Melo, el Mulo, Balbino,
la Juana, su madre de ella
y algunas señoras más,
que *honrás pue* que no lo sean,
pero como buenas mozas...
¡ya lo creo que son buenas!
Yo bailé con tres ú cuatro,
solo porque no dijeran
que estaba toda la noche
pegao al rabo de aquélla,
y tú no sabes qué cosas
hacían con las caderas;
verdaz es que se esmeraban
conmigo de una manera...

—¡Gachó, *mia* que tienes suerte!

—Qué quieres, caprichos de ella
y eso que uno no presume,
¡conque si uno presumiera!

—¡El acabose!

—Oye, no,

es que hay que tener en cuenta
que la noche que te digo
llevaba yo ropa nueva.

—Eso hace mucho.

—¿Que si hace?

Pregúntaselo á la *Ugenia*,
que cuando íbamos los dos
montaos en la carretela,
no me quitaba la vista
del pantalón.

—*Pue* que fuera
figuración tuya.

—Ca,

que le gustaba la tela.

Ya lo creo; me ha *costao*

el traje doce pesetas,

conque ya ves. A *too* el mundo

le gustan las cosas buenas.

—¿Y con la *Ugenia*, bailastes?

—¡Pues, hombre, lástima fuera!

Bailemos cuatro mazurkas,

tres *chotis*, cinco habaneras

y un *zapateao* de *buten*.

—Oye, tú, y que no es maestra

la *gachí*.

—¡Cal

—¡Ni se vuelve

loquita de la cabeza

con el baile!

—Anoche estaba

que daba gusto de verla.

porque entre yo y el *mollate*,

y el movimiento y la gresca
la pusimos... pero cómo,
lo mismito que la seda.

—¡Qué sombral

—Sí, pero luego
apareció ese *boceras*
de Manolo el de la curia,
que es el que vive con ella,
según dicen, y se fueron
de bracete.

—¡Anda la *vértiga!*

¿Y tú qué *hiciste?*

—Pues hice

lo que hubiera hecho cualquiera:
marcharme á mi *domicilio*
cuando se acabó la fiesta.
Por cierto que al llegar tuve
que *calentar* á la Pepa,
por decirme que qué horitas

de ir á casa eran aquellas.

Na, dos pafietazos.

—Bueno;

pero, en resumidas cuentas,

tú te *divertistes*.

—¡Digol...

¡Que corrí la primer *juerga!*

Del libro LOS BARRIOS BAJOS

DEL NATURAL

—No, como buena mujer,
es buena la Encarnación
porque Dios quiere.

—¡Qué gracia!

Y aunque no quisiera Dios
lo sería.

—Dí tú que ella
no tuviera esa lesión
en el ojo!

—¿Cuál, la nube?
La nube le hace favor.

—Tanto como eso...

—Se lo hace
aunque digas tú que no,
y además tiene el otro ojo,
que es un ojo superior.
—Eso es verdaz.

—Vamos, hay
que reirse del carbón
de coke. ¡Mira que es negro;
y grande y hermoso!

—No,
si como buena mujer,
es buena la Encarnación.
—Y que se trae muchas cosas

en el ojo.

—Sí, señor.

Lo que se ve no se puede
negar.

—Muchacho, yo estoy
atocinao, pero cómo,
es que atocinao del too
por esa mujer. Parece
una desageración,
pero desde que nos vimos
en el café del Vapor
la primera vez yo y ella,
va hacer cuatro meses hoy,
y nos miremos las caras
á un mismo tiempo los dos,
me he vuelto más animal
que los del resguardo, y no
se pasan cinco minutos
sin que suelte alguna coz.

De rompe y rasga—6

—Eso casi es natural,
Atilano.

—Lo peor
es que luego me atortolo
y tengo ca distración
que despampana. Antiyer
por la tarde estaba yo
con el *Corrompe* acabando
de arreglar el mostrador
de una tienda de bebidas
de la calle Palafox,
y por coger la garlopa
metí mano en el cajón
de los cuartos, y saqué
trece reales.

—¡Anda Dios!
¿Y te los guardastes?

—Claro
que me los guardé; pues no,

que iba á volver á meterlos
pa que me hiciera un favor
el tabernero, si hubiese
oservao la operación.

—Oye, ¿y te da eso á menudo?

—Carcula; como que estoy
siempre así. ¿Pues y en mi casa?

Allí es una cosa atroz
lo que mi distraigo. Llego
del taller á lo mejor,
y en lugar de saludar,
que es lo que hacen casi toos
los que tienen tan siquiera
tanto así de educación,
resulta que sin querer
le arrimo una torta ó dos
á la pobre Marcelina,
y hasta que ella dice: ¡Sool...
no me entero de lo que hago.

—¡Puede!

—Lo mismo que el sol.

Después me tumbo en el catre pensando en la Encarnación...

—Sí, y ecétera.

—No es eso.

—¡Mía quel...

—Palabra de honor

que no es eso, Lucas; es que por las mañanas voy á lavarme en la cofaina, antes de ir al obrador, y me se olvida y después no me lavo ni pa Dios en jamás.

—Ya te se nota

sin que lo azviertas.

—Si estoy

hecho por esa mujer

lo que se dice un lechón.

—Tú tienes la culpa.

—¡Claro!

—¿Porqué no la hablas?

—¿Quién yo?

—Naturalmente.

—¡En seguida!

¿Pa que me largue una coz
en cuanto que me aproxime
á pedirla ese favor?

¡Pues, chico, menudo lujo
me gasta la Encarnación!
¡Mira que ahora lleva un par
de botinas de charol,
que hay que mirarlas!

—¿Y qué?

Como si llevara dos.

¿No vive con un huevero
de la calle del Fazor

que la viste y la mantiene?

—Sí.

—¿No la da Melitón
tres pesetas ca semana,
como ya sabemos toos,
pa extraordinarios?

—También.

—¿No está enredá con Eloy
y ella le paga los vicios
porque él no tiene un botón?

—¡Me parece!

—Pues entonces,
¿qué te importa, so *magoy*,
que la Encarna gaste efetzos
de más ó menos valor,
mientras tanto que congenie
con ese par de gachós?
Tú lo que debes hacer
es aguardar la ocasión

de que el huevero se marche,
y un día que esté de humor
ella, te lavas tú bien
con estropajo y jabón,
pa que te se noten algo
las faciones...

—Sí que voy
á hacerlo.

—La ves, la explicas
la cosa, aceta, y ya sois
parientes.

—Si azmite,

—Azmite.

¡Pues buena es la Encarnación!
Esa mujer en su vida
le ha dicho á nadie que no.

LANCES DEL JUEGO

—Pues pasó lo que ocurre casi siempre, que uno de los que juegan es un cerdo sin crianza, ni na, y el otro un hombre decente, pero guapo al mismo tiempo.

—Vamos, sí; que le distes en la cara.

—Te diré cómo fué, si es que me acuerdo.

Salíamos los dos del *Abanico*

de ver al *Pelendengues*, que está preso,

cuando al pasar por junto á la taberna de Inés la *Dislocá*, le dije: «Eusebio, te juego unas alubias ahora mismo á cuatro, ú cinco, ú seis, ú siete juegos.» El fué y me contestó: «Pa luego es tarde.» Y yo le dije: «¡Arzandé!» y nos colemos. Conque nos dió la *Dislocá* el epítome, ó sea la baraja; sacó luego dos reales de habichuelas superfinas, medio par de cuartillos de lo negro y un ceneque; después nos presinamos antes de prencipiar, con el objeto de que no nos inflasen las judías (y de cumplir de paso con el clero), y en menos que se cuenta, nos metimos entre pecho y espalda todo aquello.

—Y entonces fué cuando se armó la bronca, ¿no es verdaz?

—No fué entonces, aunque Eusebio

me dió ocasión tres veces pa pegarle,
porque á ese desahogao le hacen efzto
las legumbres en cuanto que las prueba.

—Esas cosas, los hombres de talento
las oyen y se callan, Aquilino.

—Quando se oyen na más, santo y muy bueno;
¡pero carcula tú!...

—Bien, al asunto.

—Pues verás; la cuestión fué que acordemos,
después de introducirnos las alubias,
jagar á una partida de seis juegos,
á la brisca, el importe del consumo,
ú sea una peseta y cinco céntimos;
y como que, si hay hombres en España
que jugando á la brisca tengan suero,
uno soy yo, me le llevé de calle
lo mismo que el que lava.

—¡Ya lo creo!

—El, mientras que jugábamos, no hacía

más que dar con los cascotes en el suelo
y faltar á las cosas de la iglesia,
como sabes que falta á ca momento;
pero yo, sin embargo, me achantaba
pa no dar que decir, hasta que luego,
él, que ya estaba visto que tenía
la mar de ganas de tomarme el pelo,
dijo una cosa fea de mi madre,
con muy malas entrañas... ¡y yo entiendo!
—¿Qué?

—Na, que me se hinchó la vena gorda
y le llamé venao. Nos levantemos;
me escupió cuatro veces en la cara,
hizo así, con el brazo y con el dedo,
diciéndome: «¡Pa tí, melón de cuelgal!»
Levanté el puño, le cogí de lleno,
y total, que le puse las narices
como una sobreasá.

—No, pues Eusebio

no se iría á su casa de vacío.

Me se figura á mí.

—No tuvo tiempo, porque yo le agarré, y al poco rato Inés la *Dislocá* se puso en medio, como siempre; llegaron los del orden, nos dieron dos patás de las de peso en semejante sitio, y en seguida se acabó la chapuza.

—Por supuesto que maldito el provecho que te harían á tí las habichuelas.

—¡Sí, provecho! Como que estoy desde antiyer mañana, por mor de las judías del almuerzo, con la mar de inquietuz en el estómago y con una tristeza que no veo.

—¿Lo ves? Por ajuntarte con granujas.

—Qué quieres, éstas son cosas del juego.

CONSEJO

Si estrenas una comedia
y el público te la silba
ya puedes estar seguro
de que la cosa es malita.
Apenca, pues, con el fallo
respetable de la crítica,